

Carta a Jacinto.

Por PINO

Zaragoza, 28 Julio de 2005

Querido amigo Jacinto:

El mes de julio está siendo especialmente duro. Un calor sofocante se ha adueñado de la ciudad y amenaza con derretir todo lo que se le ponga por delante. El sol resulta implacable. Los termómetros, en las horas centrales del día, no bajan de 40 asfixiantes grados centígrados y los expertos en meteorología pronostican, incluso, más para las próximas horas. No nos está dando tregua. Hasta las noches, siempre más frescas, están resultando, más bochornosas de lo habitual.

No se si podrás perdonarme pero no me sentí con fuerzas para decírtelo en su momento. Ha pasado tiempo desde tu última visita a la ciudad y quiero pensar que no sabes lo sucedido.

El día que ocurrió, Arturo pasó mala noche. Atenazado por los nervios respiraba con dificultad, le faltaba el aire, se ahogaba por momentos. No pudo conciliar el sueño. Se sintió como si, a su lado, alguien agitara una carraca machacadamente y el ruido le golpeará con fuerza en las sienes produciéndole un enorme desasosiego y un dolor de cabeza insoportable. Estaba cansado.



Ayuntamiento de Zaragoza y torres del Pilar. Foto: Arch: Sab.Sab.

Se levantó de la cama, fue directo al cuarto de baño al que llegó sin fuerzas, encendió la luz y se miró en el espejo. Se asustó. Estaba demacrado, los ojos enrojecidos a punto de salirse de las órbitas. Tenía el pelo empapado y un sudor frío le recorría todo el cuerpo. Se quedó un rato frente al espejo observándose. Estuvo a punto de gritar. Se sintió mal y tuvo miedo. -¡Es el calor!-pensó-¡Este maldito calor me está pudiendo!

Pura, al despertarse, se sorprendió al no ver a Arturo a su lado. Lo llamó a voces sin obtener respuesta. Con paso decidido se dirigió al cuarto de baño. La luz encendida y un leve quejido la encaminaron allí.

-¿Qué te pasa Arturo? ¿Te encuentras bien?

-¡Ay, Purita! ¡No se qué tengo! ¡No he pegado ojo en toda la noche! ¡Me siento fatal!

Le ayudó a acomodarse en su butaca preferida y, con gesto de preocupación, marcó el teléfono del médico. Después se dirigió a la cocina y preparó un buen desayuno.

Como sabes Arturo y Pura son matrimonio. No tienen hijos. Algo más de cincuenta años, bien llevados, insinúan una vida colmada de pequeños placeres cotidianos. Su relación comenzó en la Universidad. Estudiaron económicas y se enamoraron al poco de conocerse. No fue el típico flechazo pero ambos se gustaron desde el principio. Terminadas sus carreras, después de un corto noviazgo, se casaron y ahí siguen, juntos, despojados de toda artimaña, sin máscaras, sin ponerse dificultades, sin hipocresía.

Don Matías y don Olegario siguen tomando su cotidiano desayuno en el antiguo Alabama, famoso en su día por sus partidas clandestinas, situado en una renovada y recoleta plaza del casco antiguo de la ciudad, ahora reconvertido en moderna cervecería.

Un ligero café con leche y unos churros les sirven de coartada perfecta para la habitual charla que ambos amigos esperan y agradecen. Han sobrepasado los ochenta y, aunque bien llevados, no están exentos de achaques. Las piernas, torpes y lentas y unos ligeros pinchazos en ciertas partes, que les dificultan la micción, son sus quejas más frecuentes.

Hablan de su barrio. -¡Zona vieja y en obras! ¡Esto se nos muere Matías! ¡No viene gente! ¡No hay movimiento!. Es el leve lamento que don Olegario dirige a don Matías y que éste, asintiendo con la cabeza corrobora sin dudar. -Está degradado, hay suciedad y pobreza, se ha convertido en un barrio hostil.

-¿No hay cosas viejas que son auténticas joyas?-, pregunta don Matías a su interlocutor. Obras de arte, monu-



Torre de la catedral de la Seo. Foto: Arch: Sab.Sab.

mentos, piezas de orfebrería, catedrales, mezquitas,... Aquí lo viejo es cochambre y mugre, no por viejo sino por abandono, dejadez u olvido. -Mira esta plaza, ahora acogedora y bella, esta calle renovada y limpia. Mucho plan de rehabilitación y mucha zarandaja pero llega demasiado tarde. ¡Han empezado tarde su reconstrucción! ¡Se les ha ido de las manos y hay que gastar auténticas fortunas! ¡Cuánto me hubiera gustado ver este barrio encalado! El vecindario de siempre, casas nuevas, pequeños negocios artesanales, alegría y ruido de niños jugando. Ese es el espíritu de un barrio, su razón de ser. Nosotros no lo veremos Olegario.

Ambos fueron propietarios de sendos locales en los que tenían sus respectivos negocios, años atrás florecientes, ahora regentados por sus hijos. En sus actuales comercios, hoy decadentes y obsoletos por culpa, entre otras causas, de la implantación de grandes superficies, del cambio de hábito a la hora de comprar de los ciudadanos y, fundamentalmente, por la degradación del barrio, las ventas han bajado de forma alarmante.

-¡Floja herencia, Olegario, para nuestros hijos después de tantos años de trabajo! Todo se ha puesto en contra nuestra, demasiadas dificultades, como si la suerte, caprichosa, nos estuviese dando la espalda.

"Novedades Peña", puede leerse en el cartel publicitario de la, en su día, tienda más famosa de retales de la ciudad. Vendían a los mejores sastres y modistas cuando hacerse un traje a medida era signo de distinción. Tuvieron los clientes más ilustres, fue la tienda más selecta. Ahora está en vías de extinción. Resulta descorazonador.

Junto a la tienda de retales de Matías está situada "Zapatería Olegario". Demasiados años juntos en el barrio, la misma calle, el mismo horario, orgullosos del negocio que crearon. Ahora, se enfrentan a una situación parecida, casi desesperante, pocas ventas y más gastos que afrontar. El negocio va en picado.

Ya imaginas que soy Santiago, el hijo de don Olegario. Quiero decirte que el día 24 de este mes mantuve una entrevista, concertada de antemano, con el gerente de construcciones GINERA. No sabía a lo que iba. Estaba convocado para las diez de la mañana y la secretaria del constructor me rogó por teléfono que fuera puntual. A las diez menos cinco, esperaba impaciente en la antesala de, lo que adivinaba, un suntuoso despacho situado en un edificio de doce plantas en la zona residencial de la ciudad. La vista era realmente espléndida.

Eran las diez en punto cuando la secretaria, amablemente, me hizo pasar. Alejandro Aznar, gerente de construcciones GINERA estaba esperándome.

Al salir de la oficina estaba aturdido. Bajé en el ascensor como un autómatas. Ya en la calle agradecí la leve brisa que soplabá a esas horas de la mañana. Me pellizqué para cerciorarme que era cierto, que era a mí a quien habían hecho semejante propuesta. Esperé un rato inmóvil hasta recuperarme. Cuando lo conseguí me dirigí con celeridad al domicilio de Arturo. La tarde anterior mi amigo tuvo ocasión de reunirse con el constructor y me interesaba saber, lo antes posible, si también a él le había planteado la misma oferta.

Cuando llegué a su casa yo era el hombre más feliz de la tierra. Llamé impaciente al timbre de la puerta y esperé ansioso que Arturo o Pura, su mujer, abrieran.

Fue Pura quien lo hizo. Al verla le di un beso en la mejilla y entré en la casa como un torbellino. -¡Arturo!, ¡Arturo! -me volví hacia Pura- ¿A que no sabes qué me ha ocurrido? ¡Ni te lo imaginas! -las palabras me salían como si estuviera ebrio-. ¡Acabo de tener una reunión con el gerente de la constructora GINERA y me ha ofrecido un millón de euros por el local!- grité. Me consta, porque me lo dijo Arturo, que él también tenía ayer otra reunión con el mismo constructor. Yo he dado mi conformidad, he firmado un contrato y quiero saber si Arturo ha hecho lo propio.

-¡Pura!, ¡Pura! ¿Qué te pasa? ¿Por qué no me contestas? -Pura, como ausente, no me escuchaba, no me oía.

El día siguiente amaneció nublado. La persiana de la tienda de "Novedades Peña" estaba bajada. En un cartel, pegado en la puerta con cinta adhesiva, podía leerse: "CERRADO POR DEFUNCIÓN".

Un abrazo.
Santiago.